

No te doblegues ante tu enemigo; a tu contrario lo debes de tratar con la misma energía que él te tratará. Si te sientes débil, caerás en sus tupidas redes.

RENOVACION

ANO XII :: Fundada por la Sociedad de Tipógrafos :: PUBLICACION SEMANAL :: Dirigida por un Consejo de redacción :: NUM. 447

El producto de la suscripción de este periódico, está destinado a favorecer a los tipógrafos sin trabajo. || Jaén, 1 de Marzo de 1937 || Todo por la clase y para la clase. Ayúdame y te ayudaré. No abandones la causa común. Defiéndela.

Hagamos antes de la unificación en todos los sindicatos una depuración cuidadosa

Medida necesaria

La tarjeta familiar de subsistencias

La anomalía que con respecto a la adquisición de las subsistencias reina en Jaén, creemos llegado el momento de que las Autoridades debían intentar ponerle algún remedio, implantando la tarjeta familiar para la adquisición de subsistencias, en evitación de los escandalosos abusos que presenciamos a diario en la plaza de abastos, pues no es justo que mientras hay familias que acaparan, seis, ocho y hasta diez kilos de patatas, pan o carne, etc., otras no puedan coger ni cien gramos. A esto no hay derecho y hay que evitarlo.

Antes de que nuestra población sufra—aún más—los efectos de la falta de artículos de primera necesidad, y sea víctima—también aún más—de la desaprensión de los que venden, se debe ir a la confección de un verdadero padrón de vecinos, para implantar rápidamente esta tarjeta que, con sus cupones correspondientes a cada día, sirviera para la adquisición de cada artículo. Este padrón podía estar hecho en una semana, con el solo gasto para el Ayuntamiento del material de las hojas que se reparten a domicilio. ¿Como?

En Jaén existen unas siete mil casas. Los guardias urbanos pueden dejar en ellas una hoja para cada familia, y los empleados del Estado, provincia y municipio que se ofrezcan voluntariamente—tenemos la seguridad que serían muchos, por no decir todos—en uno o dos días, recogerían las hojas extendidas o llenarían aquellas en las casas donde no supieran hacerlo, cuidando muy detenidamente de comprobar la veracidad de los datos escritos en ellas. Nuestra capital tiene unas cuatrocientas calles; empleados tenemos la seguridad que sobrarían. Aquel cabeza de familia que hiciera por poseer dos tarjetas o darselas de vivo falseando los datos, con retirarle el documento acreditativo para la adquisición de patatas, carbón etc., asunto arreglado.

El Municipio a la Junta de Abastos, clasificará—con arreglo al número de hijos y demás parientes que estén bajo la tutela del cabeza de familia—y especificará la cantidad de pan, patatas, carne, etc.,

que a cada tarjeta corresponde facilitar y el vendedor inutilizará el cupón respectivo.

Así no se daría el lamentable caso—presenciado todos los días—de que quien tiene cierto número de hijos los ponga todos en las colas y se lleven a kilo por cabeza, mientras otros se quedan, después de varias horas de espera en la fila, sin un gramo.

Entendemos que debe vigilarse también el margen que queda a los que venden, pues no hay razón ni derecho a comerciar con el hambre del pueblo. Las Autoridades sabrán interpretar el sentido justo que damos a estas palabras, y evitarán estos y otros abusos que no enmendaríamos y que están en la conciencia de todos. Un poco de buena voluntad es lo que hace falta.

¿Hace muestra iniciativa?

Las Autoridades tienen la palabra.

Los Italianos en Sevilla

Un corresponsal del «Daily Herald» que pasó diez días en Sevilla, envió a su periódico el siguiente relato de su estancia en la ciudad andaluza:

«Los oficiales del ejército de Mussolini se conducen en Sevilla con la brutalidad de los «gangsters» de Chicago. Se pasean con el látigo en la mano y yo les he visto pegar a cualquiera que les cause la más pequeña molestia.

Mi estancia en Sevilla me ha permitido dar cuenta de lo que sería la suerte de España si Franco triunfara con la ayuda de Hitler y Mussolini. He visto pegar a un «chauffeur» de un taxi porque reclamaba a un oficial italiano el importe de su carrera. Un cobrador de tranvías sufrió la misma suerte por

PAVONI

LOS MEJORES VINOS
MANCHEGOS EN ESTA
CERVECERIA
INFINIDAD DE APERITIVOS
Talavera, 5 - JAÉN

LA GUERRA

Muchos vecinos del pueblo de Arganda que evacuaron sus casitas frágiles al venirseles encima la avalancha fascista—frente a la invasión se extiende el desierto—han vuelto a sus hogares. Llegaron recelosos, comprobando a cada metro la seguridad de la carretera, pero ahora, cuando en este sector se rifen los más duros combates de la guerra, se les vé en los corros de la plaza, con sosiego de domingos, seguros de que hasta aquí no han de llegar.

En Arganda me encuentro al teniente coronel X. Pocas palabras.

—Mi brigada, esos carabineros que tubieron su bautizo de armas en la Casa de Campo, bien. Avanzaron como se les mandó.

—¿Hasta donde?

—Hasta donde se les dijo.

El Jefe del sector no dice nada. Por esta parte todo sigue su marcha normal. Combate continuo, aluviones de hombres y toneladas de máquinas. Se avanzó, pero aquí el avance no puede medirse por metros.

Aún continúan los camiones su alboroto. Se entabla un duelo de artillería. Los hombres que recogen la aceituna siguen en sus puestos. Parece que aquí todo el mundo ha de hacer igual. Mientras las cestas se llenan de fruto caen obuses en los olivares.

reclamar a un oficial el pago de su billete.

En la fachada del Hotel Madrid han colocado un retrato del Duce al que todo transeunte tiene que saludar a la romana gritando: «¡Viva el Duce!»

Después de lo que he visto y oído creo que el ejército italiano que está en España se compone de 50.000 hombres. Se esperan 30.000 más.»

El corresponsal del periódico socialista añade que conoce, entre los oficiales españoles, a un joven que se enroló en el ejército de Franco y que le ha confesado su desilusión. «Nuestro país—dijo—está en poder de italianos y alemanes. Ellos son mucho más que nosotros. No vienen por amor hacia Franco, ni siquiera por beber los buenos vinos de la tierra que les ofrece el General Queipo de Llano, sino para apoderarse de nuestras riquezas y, sobre todo, de nuestros minerales.

Más tarde recorrí el sector izquierdo. Allí la artillería alemana se obstinaba en cortar el paso de un camino. Por fin poco después del mediodía se cansaron de malgastar proyectiles y dejaron de disparar.

Las ametralladoras cantaban en las lomas. No se efectuaba ninguna operación, pero ya hemos quedado en que en este frente del Jarama—los ríos humildes de España se están forjando una historia—, el combate no termina.

Forcejeo de líneas. Maniobras a campo abierto.

—Esta es la primera gran batalla de la guerra—me dice un oficial amigo mío. Lo de Talavera fué una retirada ineludible. Aquí se nos ha presentado combate y lo hemos aceptado. Aquí ocurrirán muchas cosas.

Esto es cierto. En estas llanuras, en estas lomas, se han de decidir cosas muy importantes para los españoles y para los que no son españoles. Los ejércitos cuajados se observan. Uno—el de ellos—no esperaba esto. Pero no han tenido otro remedio que afectar la situación. Ya ha empezado la batalla. La primera gran batalla—campo abierto y masas de hombres—de toda la guerra.

Anúnciese en RENOVACION

NECROLÓGICA

Días pasados falleció en esta capital doña María Sánchez Galián, madre de nuestro buen amigo y compañero Antonio Talavera Sánchez, Tesorero de la Sociedad de Tipógrafos.

La gran desgracia acaecida en la familia ha producido hondo pesar entre todas las amistades de la misma, ya que la difunta era madre amantísima y cariñosa.

A nuestro querido camarada Antonio Talavera, como a los demás miembros de la familia, envía RENOVACION su más sentido pésame, deseándole la resignación suficiente para sobrellevar tan dolorosa pérdida.

JOSE JIMENEZ JEREZ - JAÉN
EL SASTRE DE LAS 4 JOTAS
Plaza de San Francisco, 7 — Jaén

AL MARGEN DE LA GUERRA

LUCHAS INTESTINAS

Pero... ¿somos españoles o no somos...? ¿Teremos un ideal, un sentimiento único, una apreciación unánime o no la tenemos...?

Porque entendemos y en este sentido venimos luchando, que en España no hay más que un enemigo: EL FASCISMO. Y contra ese enemigo vamos todos a la batalla lo mismo en la vanguardia, sin preguntarnos nuestro credo político o religioso.

Así hemos salido desde el primer día a la palestra; con este entusiasmo, con este ardor combativo.

Por eso ahora lloramos con lágrimas salidas del corazón. Vemos a nuestros hermanos, a los que viven con nosotros, dentro de nuestra casa, tirándose los trastos a la cabeza por cuestiones baladíes y de poca monta.

Los pueblos y las ciudades, en vez de preocuparse del frente y tener los ojos puestos en los que están dando la vida por hacer una nueva España, se entretienen en discutir por un quitame allá esas pajas.

Por estos dimes y diretes se perdieron en España causas nobles y grandes; porque los españoles, en expresión de un gran pensador, han sido siempre a lo accidental, a lo accesorio; pero nunca a lo sustancial, a la entraña o al corazón del problema.

Los españoles más van en busca de la paja que del grano, como decía Joaquín Costa.

La soberbia, el egoísmo, el afán de mando y señorío siguen imperando en nuestro suelo. Y todas estas pasiones, tapadas y encubiertas. ¡Cando por defender el ideal lo mismo le importa al hombre ser barrendero que ministro!

El interés mezquino, la codicia, el lucro, el dominio, deben desaparecer en el acto. Con estos reptiles que viven todavía cobijados en el corazón de muchos —que se llaman de boca antifascistas— no se puede de ninguna manera destrozar al fascismo.

Vano será nuestro esfuerzo; inútiles nuestras energías, mientras no pongamos el alma y el corazón, deponiendo odios, rencores y rencillas, al servicio del proletariado, que está levantando el edificio de la nueva España.

Hemos dicho en otros artículos que lo que hace falta es sentir el ideal; porque el hombre de corazón, el idealista es capaz de los mayores sacrificios.

Y saltará montes, y no temerá a las fieras; porque le alientan y le consume la llama viva de su aspiración.

Nuestra España, la España sensata; la España roja, que está encarnada en todos los partidos políticos y sindicales, desde Izquierda Republicana hasta el comunismo libertario, protesta enérgicamente de las luchas intestinas; porque entiende que estas luchas nos agotan, nos debilitan, nos quitan fuerzas, vigor y energía para luchar contra el enemigo común, que es el fascismo.

JUAN GARCÍA MORALES
presbítero

Bombas en la noche de Madrid

Por la mañana, cuando bajo el sol la gente está segura, se suele decir:

—Anoche vinieron también.

Hay uno que los oyó a las doce y a las tres. Es vendad. Los Junkers han cambiado la hora porque el día —bueno para localizar esos insostenibles grupos de mujeres y niños cuya razón de existencia en el mundo no han encontrado todavía los filósofos arios— ofrecía grandes inconvenientes, entre ellos ese de nuestros cazas obstinados en liquidar el stock alemán de aviones de bombardeo.

Por eso viene por la noche. El zumbido de los motores cubre la ciudad. Entonces todos los madrileños se acuerdan de que aún se han de apagar algunas luces y de que las casas tienen sótanos. El susto ofrece, por otra parte, sus cosas buenas. A esa hora de prisas de bombardeo es cuando las escaleras de Madrid están más alegres. Se observa entonces que en aquella casa vive mucha gente que uno no conocía, y siempre se termina con esta consideración:

—«A todos estos había que sacarlos de Madrid a la fuerza».

Como aún no se ha adoptado este procedimiento —el único eficaz para los insensatos de toda clase— los pilotos del crimen, con sus diplomas extendidos en dos lenguas, localizan concienzudamente los objetivos.

Sienten predilección por las grandes casas del centro de la ciudad y por los barrios obreros de Tetuán y Cuatro Caminos. Verdaderamente, los obreros han sido siempre

EL FASCISMO EN MARRUECOS

Ancianos, mujeres y niños, las víctimas preferentes

Un caso ejemplar de los métodos fascistas: el fusilamiento de Carmen Galindo, muchacha de veinte años

De una carta de un evadido de Melilla, víctima de bárbaras persecuciones por sus convicciones republicanas, insertamos el siguiente extracto que revela hasta qué punto llegan los instintos feroces de los facciosos:

«El día 23 de julio, cuando ingresé en la prisión de Vitoria Grande, había ya detenidas en ella tres mujeres; una la esposa del capitán de Aviación Leret (fusilado el día 22), doña Carlota O'Neil, su criada y una muchacha de una directiva sindical.

A partir de este día, fueron conduciendo más mujeres a la cárcel, hasta hacer un número de cuarenta y dos; entre ellas habían muchachas de dieciocho y veinte años (como las hermanas Montoya, condenadas a muerte e indultadas a treinta años de prisión; su padre había sido fusilado ya) y ancianas de setenta y uno, como Isabel López García. Todas ellas tenían que ocupar unas celdas en las que normalmente venían siendo instalados dieciocho a veinte detenidos.

El hacinamiento de estas pobres mujeres decía ya elocuentemente el sentido humano que imprimían

unos seres incomprensibles muy propensos a crear absurdos conflictos a los capitalistas honrados. Creo yo que esa será la razón por la cual corre tanta prisa el exterminarlos.

Pero a veces las bombas fallan, sin duda porque se han dormido los dioses germanos. Sólo se destruye algún edificio o alguna iglesia que conservamos respetuosamente nosotros. Cuando esto ocurre, allá en Berlín está Goebbels con su bocina de propaganda para decir al mundo que la iglesia en cuestión ha sido destruida por los rojos.

Otras veces la bomba cae en una casa habitada. Por ejemplo en esta que hay —que había— en la calle de Jerónima Llorente.

Los vecinos dormían en la noche del bombardeo. La explosión les despertaría con el último grito helado en la garganta. Por la mañana sacaron sus cuerpos —lo que quedaba de sus cuerpos trabajadores— y los hicieron pasar hasta el furgón entre dos filas de gentes que no hablaba.

Total: cinco muertos. Entre ellos dos niños.

Hay que decirse: Todo el que esté en Madrid sin ninguna razón de guerra tiene parte de culpa en este nuevo crimen y le alcanzan las salpicaduras de sangre de estos cinco muertos. Hasta a esa mujer que levanta ahora los brazos al cielo por donde pasaron los aviones y vocea esos gritos inútiles:

—«¡Criminales! ¡Criminales!»

a su justicia los elementos rebeldes.

Pero completando este cuadro el episodio siguiente, lleno de un trágico vigor, señala claramente hasta qué punto de rebajamiento moral llegaron en sus crímenes.

El día 14 de agosto, a las siete de la tarde, los presos que nos encontrábamos en las celdas bajas, pudimos ver la llegada de un automóvil del que se apearon un sacerdote y dos falangistas de uniforme (pistola al cinto y dos látigos en la mano) entrando en la cárcel. El sacerdote llevaba un pequeño envoltorio en sus manos.

Su llegada nos causó sorpresa y temor porque no comprendíamos a qué obedecía la presencia de un sacerdote en aquellos momentos, y nuestra curiosidad, lógicamente excitada, quiso averiguar. Pudimos ver, por un ventanillo de la celda, desde el cual se divisaba el rastrillo, cómo el sacerdote, desenvolviendo el envoltorio, sacaba de él unos ornamentos de iglesia.

A los pocos minutos, una muchacha, que representaba tener unos veinte años, era bajada de las celdas por los guardianes. Se llamaba Carmen Galindo.

Fué trasladada a una celda vacía donde permaneció con ella el sacerdote unos pocos minutos. Abandonó éste la prisión y Carmen Galindo quedó en la celda; la había llevado una silla, muestra, sin duda, de máxima delicadeza, para que esta inocente muchacha permaneciese sentada.

A las once de aquella misma noche tres automóviles repletos de jóvenes falangistas vinieron a buscar a Carmen Galindo, y con todo género de precauciones, como si se tratase de un elemento sumamente peligroso, la llevaron hacia el lugar escogido para realizar el vil asesinato de una muchacha que, por su edad y aun por su formación, sólo podía haber cometido el enorme delito de pensar con libertad.

Pude averiguar después que el sacerdote había ido a prodigarla sus servicios espirituales de última hora, y que sin la menor intervención del Juez, sino con su bárbara concepción de justicia rápida y ejemplar, no habían vacilado en cortar la vida inocente de una pobre muchacha que soñó en sus ansias de libertad con un alborar más humano... He sabido después que Carmen Galindo, al oír de labios del sacerdote que iba a asistirle en sus últimos momentos, le rechazó indignada, esperando con resignación y estoicismo su última hora, bien cercana, por cierto».

Leed todos
RENOVACION

Si quereis comer

CON ECONOMIA Y ESMERO, VISITAD LA CASA DE

Suñol el Cocinero

EN ELLA ENCONTRAREIS RACIONES

ECONOMICAS A LA CARTA

No equivocarse: PUERTA BARRERA (frente a CUBERO)

RAFAEL SUÑOL. -- Julio Burell, 13. -- Jaén.

Flores Arocha se va con Franco o las afinidades electivas

Goothe, en «Las afinidades electivas», una de sus más notables obras, analizó el fenómeno. Pero no tenemos necesidad de relatarla para comentar la noticia que con justificada alegría, las radios facciosas lanzaron la otra noche.

Esta noticia es así: «Flores Arocha, sobrino y sucesor del otro famoso bandido de los mismos nombres, que la guardia civil no había podido capturar durante varios años, se ha apresurado, apenas supo la caída de Málaga, a pasarse al nacionalismo, con una partida de veinte hombres.»

¿Cómo no lo había hecho antes? Flores Arocha, sobrino, operaba, como su tío, de sangrienta memoria, en la serranía de Ronda. Armado de su escopeta, desafió, meses y meses, al llamado Benemérito Instituto. En la región que recorría, por montes, valles, oteros, bosques, matorrales, vegas, ríos, arroyos y cañadas, pueblos y aldeas, todos podían verle y hablarle y lo veían y le hablaban, diariamente. Todos menos sus perseguidores oficiales. Estos no le tropezaban jamás.

Llegado el pronunciamiento, Flores Arocha, que no tenía ideas políticas ni sociales, entró a cuentas, consigo mismo. Todo había cambiado en España. ¿Por qué no cambiaría igualmente su situación? Había dos ejércitos en presencia. ¿Con cual de ellos se iría? Un gitano amigo suyo le dijo que, para proceder con lógica, debía tomar partido por el bando en que no militasen guardias civiles. Más era el caso que había gentes de tricorno en los dos, al comienzo de la guerra. Y poco después supo Flores Arocha, con hondo desconsuelo, que el Gobierno legal, lejos de suprimir el Cuerpo que fundó el Duque de Ahumada, lo estaba reorganizando bajo otro nombre.

Y Flores Arocha, luego de largas perplejidades, decidió apartarse de los beligerantes y obrar por su cuenta. Robaría y atacaría a los rebeldes y leales. Y se fingiría, ya partidario de Franco, bien defensor de la República, según los sitios y las circunstancias.

Y así ha venido haciendo hasta los días de la caída de Málaga. Oficialmente, era, con la partida que le reconocía como jefe, un «incontrolable». Pero nadie podía acusarlo de parcialidad. Dejaba sin dinero, sin alhajas y sin víveres, con la misma igualdad equitativa a los que escuchaban embobados, por las noches, junto a sus radios, las piezas oratorias de ese valorosísimo, inteligentísimo, bizarrosísimo y abstencioso general apellidado Queipo de Llano, que a quienes, al oír el nombre de éste, apretaban los labios y cerraban los puños...

¿Facciosos? ¿Leales? «Todo es uno y lo mismo» decía Flores Arocha, aunque no ha leído al filósofo alemán que dijo tal sentencia. Y se echaba la escopeta a la cara y gri-

taba con voz terrible: «¡La bolsa o la vida!»

Sin embargo, conforme fueron pasando los días, las semanas y los meses, Flores Arocha, fué evolucionando. Al principio, no se daba cuenta de ello. Sus simpatías oscilaban según las incidencias de la campaña, pero acababan por inclinarse del lado de la facción. Hasta que, en una mañana memorable, Flores Arocha oyó leer, en un diario de Málaga, un relato del asalto y toma de Badajoz por las hordas salvajes de Castejón y Yagüe. Los moros, legionarios, falangistas y requetés que habían subido a Extremadura, desde Sevilla, incendiaban, mataban, robaban y violaban sin miedo ni duelo. Y acababan de coronar sus azañas con ametrallamientos en masa de la Plaza de Toros badajocense.

Y Flores Arocha, luego de oír, palpitante, la información del periódico malacitano, exclamó con voz trémula:

—Esos hacen en grande lo que yo hago en chico. Esos son los míos y no los otros.

Y luego de decirlo, le pareció que la sombra de su ilustre tipo, asesino de viejos, niños y mujeres, incendiador de chozas, le sonreía desde un olivo próximo...

Pero Flores Arocha, hombre precavido, quiso esperar. Málaga estaba en poder del Gobierno. No le convenía decidirse aún. Y sólo cuando le contaron que los italo-alemanes, con retaguardia de requetés falangistas, habían entrado en Málaga, tomó la gran resolución de declararse públicamente, partidario del fascismo y súbdito de Franco, Queipo y Mola.

Vistióse con la camisa negra. Buscó en Antequera insignias de Falange. Se procuró unos escapularios y una bandera roja y gualda. Arengó a los veinte sinvergüenzas que le reconocían por caudillo e hizo que se ataviasen como él. Y al frente de tan lucida hueste, bajó de la serranía a la Hoya de Málaga.

Su llegada causó verdadera sensación entre requetés y falangistas, moros y legionarios. Todos ellos suspendieron, por breves minutos, su trabajo de asesinar malagueños sospechosos de republicanismos, socialismo, a que se vienen entregando sin descanso desde que entraron en la ciudad, detrás de los batallones de Italia y Alemania y le escoltaron, aplaudiendo hasta el Gobierno civil.

Y allí, Flores Arocha, con palabra inflamada, confesó su fascismo y su nacionalismo, cantó las glorias de Franco y de Queipo, y pidió un puesto en las filas de los salvadores de la Patria.

Se lo han dado. Flores Arocha, es ya oficial. Manda un destacamento. Su nombre rueda por la Prensa extranjera. Pronto lo veremos disputando a Franco, los teutónicos favores de von Faubel...

Leed RENOVACION

OBEDIENCIA AL GOBIERNO

Han sido las Juventudes Socialistas Unificadas, de las primeras en lanzar las consignas de obediencia al Gobierno. No basta sólo—hemos afirmado alguna vez—con pedir disciplina y mando único en el frente. Hace falta también que en la retaguardia exista esa disciplina de guerra y ese mando único que le imponga. Es indudables que si permitimos la existencia de una retaguardia desorganizada, entregada a ambiciones de organización o de partido, entusiasmada con la tarea de hacer ensayos revolucionarios impremeditados y a destiempo, la guerra no se perderá porque no es posible perderla cuando es todo un pueblo el que se alza en armas frente al invasor, pero se contribuirá a que se promulguen tiempo y tiempo, aumentando con ello el número de víctimas y el quebranto económico.

Por eso se precisa que en la retaguardia exista también una sola dirección: la del Gobierno. Y una única disciplina: la emanada de las órdenes del propio Gobierno. Cuando nosotros defendemos la obediencia de los Poderes legítimos de la República no lo hacemos pensando en el entronizamiento de la dictadura de un partido o de un grupo sindical o político. Quienes tal suponen malevolamente olvidan que en el Gobierno del Frente Popular están representadas todas las organizaciones antifascistas, desde la Confederación Nacional del Trabajo hasta los partidos Republicanos. Imposible es, que pretendan establecer una dictadura, lo que sí se quiere—y eso es precisamente lo que defendemos las Juventudes Socialistas Unificadas—es robustecer la autoridad de ese Gobierno, que debe ser el único que mande y obedecer sus órdenes rápidamente y sin sabotajes de ninguna especie, porque en ellos va el porvenir de guerra y con él la liberación del pueblo español.

Las Juventudes Socialistas Unificadas piden la ayuda al Gobierno, la obediencia al Gobierno, porque en estos momentos es la más genuina representación de las masas populares, porque en él están representados todos los anhelos del pueblo español que hoy están reducidos—o por lo menos deben estarlo—a uno sólo: ganar la guerra lo antes posible. Pero no basta con decir que se quiere ganar la guerra, hay que hacer por ganarla. ¿Cómo? Estableciendo en la retaguardia la misma disciplina que pedimos para el frente, obedeciendo las órdenes

Ya no se puede reducir al silencio la creciente ola de simpatía

Por primera vez la prensa nazi se ve obligada a hablar de los muchos procesos seguidos contra obreros alemanes acusados de manifestar simpatía por la España republicana. Según dicen los periódicos nacionalsocialistas el Tribunal de Jurados de Karlsruhe condenó al obrero E. Klempp de treinta años, soltero, a la pena de un año y dos meses de prisión y al acusado A Dingler, a una pena de un mes y dos semanas. Los dos obreros confesaron ante el Tribunal que querían ir a Madrid para incorporarse a la Brigada Internacional con objeto de tomar parte en la lucha contra el fascismo. Habían logrado llegar hasta Kohl: allí antes de atravesar el puente del Rhin, fueron detenidos. El tribunal declaró como justificación de la sentencia, que los procesados habían demostrado con su conducta ser «enemigos del Estado». Que su crimen era una violación particularmente grave de «importantes intereses del Estado».

Los dos valientes obreros, que querían combatir en España por la libertad de Alemania, no son los únicos alemanes que desde el III Reich acudían a las banderas de los combatientes internacionales del Frente Popular en España. Fueron detenidos por los verdugos del fascismo, pero cientos encontraron el camino a Madrid, algunos hasta a través de las tropas alemanas que luchan al lado de Franco. Recordamos el piloto alemán que entregó su aparato Junker con carga de bombas a las tropas gubernamentales después de haber fusilado a su compañero fascista, recordamos también al sargento que poco antes de la salida de su tropa la frontera francesa para reunirse con el ejército popular. En nuestra última edición hablamos de dos desertores alemanes que fueron detenidos en Yugoslavia. *No querían luchar por Franco*. Todos ellos saben que en el frente español se libra una batalla importante para la libertad también de nuestro pueblo.

del Gobierno—que es el «mando único» de la retaguardia—igual que pedimos que se haga en el orden militar en las trincheras y parapetos. Así es como nosotros entendemos la obediencia al Gobierno. Y así debe ser como la interpreten y practiquen todos los antifascistas de España.

Manuel Campos Lucha

AGENCIA GENERAL DE NEGOCIOS

MARTINEZ MOLINA, 11. TELÉFONO 434. JAEN

Representación de Ayuntamientos.-Empresas industriales.-Certificados de Catastro.-Licencias de caza.-Cuotas militares.-Asuntos de Hacienda, Matrículas de automóviles.-Carnets de conductores.-Expedientes Junta transportes servicios públicos de viajeros y mercancías.

Pasaportes para visitar el extranjero.

RENOVACION



PRECIOS DE SUSCRIPCION
Jaén, un mes. . . . 1'00 pesetas
Fuera, trimestre . . . 3'50 »
Número suelto, 15 céntimos

Más trabajar y menos hacer política es lo que está haciendo falta en estos momentos

Goebels tranquiliza a Alemania Horas de paz y silencio

«No habrá guerra. Nosotros no queremos atacar a nadie»

En el último discurso pronunciado en Berlín por el Dr. Goebels, Ministro de Propaganda, se ve claramente el propósito de tranquilizar al pueblo alemán respecto al peligro de una supuesta guerra próxima. «No habrá guerra», dijo «No queremos atacar a nadie».

Definió inequívocamente la actitud de Alemania en lo que se refiere a la guerra civil española: «Tenemos que evitar a toda costa que el comunismo pueda conquistar una plataforma en la Europa occidental, es decir, en España».

Trató también de la cuestión de los aeródromos checos, pero de una manera desacomodada en el instante ahora. Negó categóricamente la denuncia lanzada por la prensa alemana de que los aeródromos checoslovacos están a la disposición de la Unión Soviética.

«Si Checoslovaquia nos acusa de decir que los aeródromos construidos en su territorio son aeródromos rojos, hemos de contestarle que ninguno de entre nosotros que sea verdaderamente responsable ha dicho semejante cosa; pero no negar que ha hecho un pacto militar con la Rusia soviética y que en caso de necesidad urgente, pondrá sus aeródromos a disposición de la U. R. S. S.»

«No hagamos reclamaciones territoriales a Francia. Pero estemos en guardia contra el comunismo», terminó diciendo Goebels.

¿Qué buenas personas somos!

«Nos estamos armando para no ser atacados por nuestros vecinos», dijo el Dr. Goebels, Ministro de Propaganda, ante 20.000 afiliados al Partido nazi. Y añadió: «Hemos dado trabajo a nuestro pueblo. Si comparáramos la vida política y democrática de Alemania con la de Francia e Inglaterra, no podemos dejar de exclamar: ¡Que buenas personas somos a pesar de nuestro salvajismo!»

Creo que Alemania ha abandonado su ideología de avanzar por el Ruhr, cuando entramos allí con nuestro ejército, rompimos el tratado de Versalles y lo arrojamos a la cara de nuestros enemigos.

Hoy día Alemania no tiene inclinación alguna, sino por el contrario una moneda perfectamente saneada.

Amistad con Dantzig

No quiero entremeterme en la política interior de otros países. Lo único que me da que Francia esté go-

bernada por una democracia, por una autocracia o por el Frente Popular, como en la actualidad. Pero cuando una nación como Rusia por ejemplo propaga sus ideas políticas no solo en su propio territorio, sino que intenta trasplantarlas al mundo entero, protesto enérgicamente. Hay que evitar que el comunismo pueda tener una plataforma en la Europa occidental, es decir en España.

«El eje Roma-Berlín es ya un grado en la consolidación de la paz. Hemos firmado un tratado de paz con Viena y hemos llegado a un acuerdo con Polonia. Ahora tenemos la esperanza de que en un plazo muy próximo queda resuelta la cuestión de Dantzig de una vez para siempre. Lentamente, paso a paso, hemos ido afianzando nuestra amistad con diversas naciones. Esto es hacer política constructiva.»

Advertencia al Vaticano

Significó diciendo Goebels: «Si yo estoy mal informado, el gobierno rojo de Barcelona y Valencia, está todavía acreditado en el Vaticano; en cambio no lo está el Gobierno nacionalista del General Franco, (gritos de «vergüenza»). Esto me hace preguntar por qué la Iglesia cristiana no está a nuestro lado en nuestra lucha contra el comunismo. Si el comunismo triunfara en Alemania el Clero alemán sería rociado con petróleo y quemado después.»

Nadie quiere la guerra. A no ser así, se hubiera desencadenado durante nuestro rearme y ahora? sin duda nadie piensa en ella. La guerra no vendrá. No queremos atacar a nadie. No haremos reclamaciones territoriales a Francia. El rearme tiene muchos riesgos y nos cuesta muchas noches sin sueño. En otros tiempos no habríamos podido hacer esta concesión a nuestro pueblo alemán.

El 30 de enero Hitler alargó sus manos a Francia para una reconciliación.

¿Qué más puede reclamar él? Si el pueblo nos acusa de haber producido sorpresas, hemos de contestarle que no se puede obrar de otra manera. Si se nos preguntase por qué hemos ocupado el Rhin, rápidamente, si pudimos haberlo obtenido mediante algunas negociaciones podríamos responder: «Muy bien; estamos de acuerdo respecto al objetivo; solo discrepamos en los procedimientos.»

«Estemos en guardia contra el comunismo.»

Yo no creo que el Gobierno de Moscú avance. Y declaro formalmente que Alemania evitará que Moscú sume a Europa en el caos.»

En uno de los parajes más lindos de España los heridos —vestidos de heroísmo— de la Columna Internacional tienen un refugio.

Hombres correctos, inteligentes, bravos, venidos de todas partes del mundo a defender con nosotros la causa de la libertad, ponen sobre este remanso levantino un simpático airón cosmopolita. Llegan acompañados de sus médicos y de sus enfermeras —enfermeras y médicos franceses, holandeses, alemanes, rusos— y aquí descansan hasta hallarse en condiciones de regresar a la línea de fuego. Mientras cada cual se distrae a su modo: unos tertulian sentados en la arena tibereña; otros leen; otros meditan, los ojos hundidos en el añil de horizonte; o pasean apoyándose en un bastón o sobre la melancolía de una muleta. Y, de cuando en cuando —acaso para suavizar un poco la tristeza de no ver a sus hijos— organizan rifas de juguetes y funciones de cine en obsequio de los niños huérfanos evacuados aquí.

Estos hombres, sometidos voluntariamente a la más férrea disciplina militar, no pertenecen a la sospechosa cofradía de los turistas de la Aventura, sino al ejército de los iluminados sin miedo y sin patria, que batallan por la fraternidad universal. Algo sobrehumano, irresistible y alegre —la divina droga del ideal— les impulsa. Sus figuras no se olvidan. Son personajes de epopeya. Hay entre ellos un ruso que ha perdido las dos piernas y una mano, y aún sonríe, desde su lecho, a los niños que van a visitarle; hay un sueco que, para trasladarse a España, salió de su tierra a pie; hay varios daneses, un austriaco y cuatro alemanes que, por carecer de recursos, hicieron lo mismo...

Hemos platicado largamente con uno de los bravos del Batallón Tahlmann. Le llaman «Tehappaff». Es de origen rumano y vivía en Burdeos. Estuvo en la Gran Guerra. Habla cinco idiomas. Ha peleado en Irún «acción que perdimos —dice— porque los fascistas de Hendaya no nos dejaban recibir municiones». También ha luchado en Tardienta, en Alcubierre, en Teruel y en Madrid. Representa 40 años. Tiene los ojos claros, el rostro anguloso y en los labios un molin frío, mezcla singular de crueldad y desprecio a la vida que solo hemos visto en la boca de quienes afrontaron muchas veces la muerte.

Atentos a lo que la experiencia nos reveló en muy distintas latitudes, siempre hemos creído que el español —por razones de amor propio quizá— es más laborioso y fiel

cumplidor de sus deberes cuando se halla en tierras extrañas que en su propio país. El noble prurito de «quedar bien» le obliga a superarse. La opinión de «Tehappaff» ratifica este criterio.

—La mezcla, en las columnas —dice— de españoles y extranjeros, daría resultados magníficos, pues nosotros tenemos un sentido de que ustedes carecen cuando se hallan entregados a sí mismos, y es «el sentido de obediencia». El jefe de un batallón, compuesto casi exclusivamente de alemanes, pero en el que había varios españoles, me aseguraba que estos eran sus mejores soldados por lo inteligentes y, sobre todo, por lo sufridos.

Entiende nuestro interlocutor que, para ganar la guerra, es indispensable, Primero: Establecer el servicio militar obligatorio. Segundo: Disciplinar las tropas, y Tercero: Limpiar nuestra vanguardia de traidores.

A su juicio los rebeldes, los inadaptados, los defensores del disolvente «me da la gana», son tan funestos como los espías. El soldado que, llegada la hora de combatir, no obedece a su jefe, sin darse cuenta ayuda al enemigo.

—Los milicianos —explica— debían imitarnos. Nosotros no queremos saber nada de la C. N. T., ni de la U. G. T., ni de la F. A. I. Nosotros, en estos momentos, no somos socialistas, ni comunistas, ni sindicalistas, ni anarquistas, ni republicanos. Nuestra divisa es más amplia: somos antifascistas. Nosotros no pretendemos imponer en España ningún credo político. Ese asunto les incumbe a ustedes. Nosotros no aspiramos a gobernar. Nuestra actuación es desinteresada. Luchamos por la justicia. Nosotros, una vez lograda la victoria, nos iremos tranquilamente a nuestras casas con la alegría de haberle hecho a la humanidad un gran bien.

—El ejemplo de Rusia —concluye— ha cambiado la mentalidad del mundo. A despecho de Hitler el alemán de hoy es menos combativo que el de 1914, animado por el odio a Francia y por 50 años de educación militar. Los alemanes de ahora saben que España no les ha ofendido y que nada tiene que ventilar aquí, y la sinrazón de su causa les debilita. Esta falta de fé, en plazo breve, nos dará el triunfo.

«Tehappaff» habla de Iberia entusiasmadamente, como pudiera hacerlo cualquiera de nosotros.

Lectores: Admiramos a esa Columna Internacional, nacida al calor del imperativo «U. H. P.», que sirve de lema a los desheredados del mundo. La estructura de esa Columna heroica —pasmoso mosaico de pueblos—, donde los que ayer eran adversarios hogaño pelean juntos, evidencia que pronto, muy pronto, llegará el día que, suprimidas las fronteras, la palabra «hermano» dejará de ser un vocablo hueco.

Eduardo ZAMACOIS